

Avellaneda no es Passamonte

Valentín AZCUNE

Posiblemente sea la autoría del llamado *Quijote* apócrifo el mayor enigma bibliográfico de la literatura española. A él han dedicado sus mayores esfuerzos nuestros más brillantes eruditos, pero no ha podido adelantarse todavía ni un solo paso; el enigma continúa desafiando a los más esclarecidos ingenios.

En los últimos tiempos ha ido ganando terreno una nueva hipótesis: la del profesor Martín de Riquer, que atribuye la obra a Gerónimo de Passamonte¹. Podría parecer que, igual que sus antecesoras, esta nueva hipótesis sería flor de un día; pero, bien sea por el prestigio de su autor, bien por causas que ignoramos, se mantiene sin apenas erosión que la desgaste. Sin embargo, como podremos ver en las páginas siguientes, esta «candidatura» no está mejor fundada que tantas otras que ya han sido rebatidas. La falta de pruebas convincentes de esta hipótesis anula la autoría de Gerónimo de Passamonte.

En las primeras páginas de su libro narra el profesor Martín de Riquer la vida de Gerónimo de Passamonte, basándose en la autobiografía de éste. De la época final de su vida, la más importante para los problemas de la supuesta autoría, no ha buscado documento alguno en los archivos italianos, donde deberían de estar. Varias de las afirmaciones de Martín de Riquer merecen comentarse:

Afirma Martín de Riquer que Cervantes y Passamonte se conocieron en Italia, cuando eran soldados. Esta hipótesis parece muy plausible (quizás sea la única hipótesis plausible en todo el libro) pues, desde agosto de 1571, hasta abril de 1572 ambos pertenecieron al mismo tercio: el de don Miguel de Moncada, que llegó a tener un máximo de 1.162 soldados. Parece, por consiguiente, probable que se conocieran. Lo que ya no parece tan probable es que riñesen, como insinúa Martín de Riquer. ¿Por qué habrían de reñir?, simplemente porque conviene a los intereses del autor? Esto no pasa de ser una suposición sin rigor alguno. Puede admitirse que soldados del mismo tercio se conozcan, pero que hayan reñido ha de demostrarse y, hasta ahora, esto no se ha probado.

¹ Martín de Riquer: *Cervantes, Avellaneda, Passamonte* (Barcelona: Sirmio, 1988).

Gerónimo de Passamonte es autor de *Vida y trabajos de Gerónimo de Passamonte*. Hay ediciones en la *Revue Hispanique* de 1922 y en el tomo 90 de la Biblioteca de Autores Españoles.

Más adelante, tras los dieciocho años de cautiverio de Passamonte, éste y Cervantes, según Martín de Riquer, se vieron en Madrid en 1594. Pero, una vez más, nos encontramos con una suposición gratuita, sin documento que la confirme. Cervantes estuvo en Madrid, está documentado, desde primeros de julio de 1594 hasta el 21 de agosto del mismo año. Passamonte vino a Madrid ese año, pero incluso, Martín de Riquer lo reconoce, se ignoran las fechas concretas. Sin embargo, cree posible que coincidiesen con las de Cervantes (sólo le falta decir en qué mesón estuvieron tomando vino). Tenemos, pues, que una improbable suposición apoya otra suposición mucho más improbable todavía, lo cual nos recuerda al ciego que conduce a otro ciego.

Desde que Passamonte se hizo soldado en 1571, hasta enero de 1605, fecha de su último documento conocido, sólo estuvo en España dos años: 9 de marzo de 1593 al 23 de abril de 1595, en que abandona definitivamente el país. O sea, dos años en treinta y cinco. Este dato es importante, y no puede pasar inadvertido, pues nos muestra la poca relación de Passamonte con las personas y los asuntos de España, y con sus polémicas literarias.

Si Passamonte narra que vio en Madrid a un compañero de cautiverio, gran enemigo suyo, pues le delató en uno de sus intentos de fuga, y estuvo hablando con él, no se ve dificultad para que mencione a Cervantes, que no le había delatado.

No voy a debatir si se vieron o no se vieron, pues sería entrar en el terreno que estoy criticando, el de las suposiciones sin base documental. Lo que necesita ser probado no es que no se conocieran, sino lo contrario, y esto no se ha conseguido todavía.

Martín de Riquer dice que la autobiografía de Passamonte se originó como una «relación de servicios, méritos y sufrimientos por la patria, destinada a que autoridades superiores accedieran a sus reclamaciones, demandas y peticiones.» Éste es uno de los mayores errores de Martín de Riquer, pues el relato de Passamonte no es una relación de servicios, como pudo ser la del Capitán Contreras. El mismo Passamonte nos dice qué es exactamente su autobiografía, y para qué ha sido escrita: «Para que se dé remedio a tantos daños como hay entre católicos, y sólo por eso, escribo mi vida y mi intención, sin pretender ni haber ninguna vanagloria.» Queda suficientemente claro que no es una relación de servicios. Torpe habría de ser quien, al escribir una relación de servicios para exaltar sus glorias, pasara de puntillas por sus hechos bélicos y hazañas en las distintas batallas en que intervino, como Lepanto, a la que despacha con un par de escuetas líneas. Su vida de soldado ocupa pocas páginas, mientras que a toda la milagrería y ascética dedica páginas y más páginas. No fue esto lo que hicieron Cervantes y Contreras cuando quisieron exaltar sus glorias pasadas.

Tal desliz de Martín de Riquer es lógico, pues no le conviene que su personaje sea alguien olvidado de las vanidades mundanas, sólo dado a las prácticas ascéticas y a pensar en que los malos espíritus perturbaban el mundo. Nada más lejos del ambiente que se respira en el *Quijote* de Avellaneda, donde ni por casualidad podrían encontrarse tales características. Martín de Riquer exalta, por los motivos ya expuestos, la capacidad de Passamonte para manejar con soltura el diálogo, para

dar vida a episodios decisivos o puramente marginales, apostillar sus afirmaciones con refranes o frases proverbiales. En fin, compara el realismo del *Quijote* apócrifo con el de la *Vida* de Passamonte. Pero, ya hemos comentado que nada más lejos de la beatería, milagrería y caza de malos espíritus de Passamonte que la comicidad de Avellaneda, o quien quiera que sea Avellaneda.

Para apoyar sus propuestas identificativas, Martín de Riquer transcribe varios fragmentos de estudios de Levisi y Pope² sobre la obra de Passamonte. Sin embargo, el abogado defensor se ha convertido en fiscal, pues los citados fragmentos dicen lo contrario de lo que pretendía Martín de Riquer:

Pope³ habla de «posible pérdida de la salud mental», «le acometían extrañas visiones» y, cuando trata de la posible autoría del *Quijote* apócrifo, dice Pope, «Si pudo recuperarse de sus enfermedades físicas y psíquicas para llegar a escribir otras obras, es algo que resta por averiguarse.» Martín de Riquer se defiende aduciendo que R. Pope no se basa en este último libro suyo, sino en su *Aproximación al Quijote*. Pero, ésta no es una objeción seria, pues Martín de Riquer no ha demostrado en su nuevo libro que Passamonte se recuperase de sus taras psíquicas.

M. Levisi se explica en términos parecidos: «manía persecutoria», «continuas enfermedades que atribuye a practicas mágicas realizadas por enemigos», «poder de lo sobrenatural, tanto benigno como maligno», «los dieciocho años de duro y cruel cautiverio que sufrió Passamonte produjeron en él un daño moral permanente.»⁴

O sea, lo más «apropiado» para escribir el segundo *Quijote*.

Dedica Martín de Riquer el siguiente capítulo de su libro a identificar a Gerónimo de Passamonte con Ginés de Pasamonte. La indudable saña con que Cervantes trata a Ginés de Pasamonte, que éste escriba una *Vida* suya y que los apellidos coincidan, le sirve a Martín de Riquer para creer que ambos Passamontes son el mismo. Pero, aun suponiendo que sean idénticos, eso no garantizaría que Passamonte fuera Avellaneda. Además, surgen algunos problemas: Ginés de Pasamonte, dice Cervantes, está escribiendo su *Historia*, pero la *Vida* de Gerónimo de Passamonte no vio la luz en el siglo XVII, el autor faltaba de España desde 1595, y no se sabe con certeza si estaba redactándola ya durante su estancia es 1593-95. Tampoco hay noticias de que llegaran copias a España desde Italia, donde residía Passamonte. Todo se reduce a suposiciones mejor o peor fundadas, pero que en ningún caso pueden probarse.

Algunos rasgos de Martín de Riquer son justamente graciosos. Así, aquél que utiliza para probar la identidad de ambos personajes: «coinciden, dice, en que Ginés de Pasamonte escribe su *Vida* “desde mi nacimiento”, y Gerónimo de Passamonte la redacta “desde su infancia”. Según esto, podría ser obra del autor del *Lazarillo*, pues la narra “del principio”.»

² Randolph D. Pope: *La autobiografía española hasta Torres Villarroel* (Frankfurt: Herbert Lang, 1974).

Margarita Levisi: *Autobiografías del Siglo de Oro* (Madrid: S.G.E.L., 1984).

³ Citado por Riquer, págs. 67-68.

⁴ Citado por Riquer, págs. 68-70.

Más adelante, comenta Martín de Riquer la aparición de Pasamonte en la segunda parte del *Quijote*, y, aparecer caracterizado de titiritero es, dice, muy denigratorio, pues Cervantes tenía muy mal concepto de estos, y, añade, es el único personaje secundario, no relacionado con el Caballero Manchego, que reaparece en la segunda parte. Esto, aparte de excesivamente rebuscado (al parecer, hay tantas clases de personajes secundarios como interesan a Martín de Riquer, no tiene importancia alguna. Además, la crítica a Passamonte no es tan fuerte en la segunda parte como en la primera, lo cual prueba que los supuestos resentimientos de Cervantes con Passamonte no se habían incrementado.

Empieza Martín de Riquer el tercer y último capítulo de su libro afirmando que Passamonte quedaba imposibilitado de publicar su *Vida* por la ridícula manera en que aparece en el capítulo XXII de la primera parte del *Quijote*. Pero, una vez más, nos encontramos con suposiciones que no pueden probarse. Aun suponiendo que ambos personajes sean el mismo, esto no tendría que impedir la publicación de aquélla. Si los escritores atacados hubiesen dejado inéditas sus obras, muy pocos habrían publicado en España. Peores cosas dijeron alguna vez de Ruiz de Alarcón, Cervantes, Quevedo, Montalbán...

L. Osterc ha precisado una serie de características que ha de tener el posible autor del *Quijote* apócrifo. Características con las que se muestra conforme Martín de Riquer⁵:

1. Avellaneda no perteneció a los literatos de primera fila, pero sí gozaba de apoyo de personas influyentes en el mundo oficial.
2. Era, si no amigo de Lope de Vega, a buen seguro un admirador suyo.

Passamonte no cumple estas características: en España no tenía relación ni apoyo alguno (no olvidemos que llevaba muchos años fuera del país), y tampoco en su autobiografía hay referencia alguna a Lope de Vega.

En la página 98 de su libro, insinúa Martín de Riquer que los escritores contemporáneos de Cervantes no sabían quién era Passamonte. Esta afirmación parece muy arriesgada pues, si como parece, el propio Cervantes lo sabía (esto es lo que afirma Riquer) no se alcanza la razón por la que sus coetáneos habrían de ignorarlo. Es impensable que sólo Cervantes lo conociera, que sólo él estuviera en el secreto.

«Si se me permite una arriesgada lucubración, dice Riquer, podría conjeturarse que Cervantes tuvo un empeño especialísimo en que sus lectores y admiradores no supieran quién era el que fraudulentamente había continuado su *Quijote* y le había insultado en el prólogo, pues era hasta cierto punto humillante para él, escritor ahora de tanto prestigio, revelar que su enemigo era un personaje tan singular y atrabiliario como Gerónimo de Passamonte, en un tiempo en que grandes figuras literarias, Lope, Góngora, Quevedo, sostienen agrias polémicas.»

No es una arriesgada lucubración, es el triple salto mortal sin red protectora. ¿Cómo es posible que sea Cervantes el único escritor del S. XVII que conociese quién era Avellaneda?, ¿qué documentos prueban tantas lucubraciones?

⁵ El propio profesor Riquer cita estas características en la p. 96 de su citada obra.

Otro dato que esgrime Martín de Riquer para probar la identidad entre Passamonte y Avellaneda es que ambos mencionan a una misteriosa «Cofradía del Rosario», y que ninguno de los expertos en historia de Calatayud por él consultados (¡extraño título!) conoce. Tampoco aquí nos convence. Esa «Cofradía del Rosario» debía de ser importante en su época, y, siendo así, no parece extraño que escritores nacidos o relacionados con Aragón, como Avellaneda y Passamonte, la conocieran.

En la obra de Avellaneda hay dos cuentos en los que se habla del voto religioso y de lo que puede suceder si se rompe. En la *Vida* de Passamonte, según Martín de Riquer, es una auténtica obsesión el caso de conciencia del voto religioso y su incumplimiento. Avellaneda, en cambio, sólo menciona este tema en los cuentos intercalados en su *Quijote*, de los cuales, en uno se perdona tal rompimiento de voto. ¡Menguada ejemplaridad se podría dar a quienes rompían el voto religioso si al fin eran perdonados!

También aduce Martín de Riquer que en ambas obras abundan las citas de versículos del *Antiguo Testamento*, del *Nuevo Testamento* y de textos de Padres de la Iglesia y de escritores sacros. Añade en su apoyo que ambos escritores mencionan la *Guía de Pecadores*, de Fray Luis de Granada; también menciona Riquer que tanto Passamonte como el don Quijote apócrifo reposan en el Prado de San Jerónimo, en Madrid. Tampoco estos argumentos son convincentes. Ni Passamonte, ni Avellaneda fueron los únicos escritores que incluyeron en sus obras citas de la Biblia. Muchas más citas aparecen en los escritos de Fray Luis de León, Quevedo o Lope (en *El Peregrino en su patria*), sin que por eso haya que atribuirles la autoría de este *Quijote*. La alusión a la *Guía de pecadores* nada nos dice, pues ésta fue una de las obras más leídas y nombradas del siglo xvi, y apenas hay escritor de los Siglos de Oro que no la mencione unas cuantas veces. Respecto al Prado de San Jerónimo, es suficiente echar un vistazo al libro de Miguel Herrero *Madrid en el teatro* para convencerse de que son múltiples los comediógrafos y novelistas que mencionan este ameno lugar.

Tampoco tiene mayor fundamento pensar que Cervantes puso la palabra «trabajos» en el título del *Persiles* porque Passamonte había hecho lo mismo en su *Vida*. La citada palabra era muy común en los títulos de las novelas bizantinas (la de Cervantes lo es). Así, Alonso Núñez de Reinoso la incluye en el título de una obra suya, escrita antes de que Passamonte tuviese uso de razón: *Los amores de Clareo y Florisea y los TRABAJOS de la sin par Isea*. No es imitación, sino característica del género.

A continuación, habla Riquer de los «sinónimos voluntarios.» Aquí nada está claro, pues no hay acuerdo sobre lo que Avellaneda quiso decir con tal expresión. Este es un terreno muy resbaladizo, y cada cual, con un mínimo de imaginación, puede encontrar alusiones a su autor predilecto. Tenemos, por ejemplo, que doña Blanca de los Ríos veía alusiones a Tirso de Molina en todos estos sinónimos; las mismas alusiones en las que Martín de Riquer cree que el aludido es Passamonte.

Martín de Riquer considera que es un nuevo refuerzo para su hipótesis que Sancho Panza llame «puto» a Passamonte, pues esta palabra la decían los capitanes, en la milicia, a los que quedaban el último. Cree Riquer que se refiere Sancho a que

Passamonte era un mal soldado, y éste había de defenderse usurpando a Cervantes su personaje. Tal razonamiento no parece correcto. El termino «puto» era muy común en época de Cervantes, y nada más lógico que Sancho designe así a quien le había robado el rucio.

En el siguiente apartado de su libro, Riquer intenta demostrar que Gerónimo de Passamonte tuvo, en la Corte virreinal de Nápoles, ocasión de hacerse admirador de Lope de Vega (a quien nunca mencionó en su autobiografía) después de 1605; también cree el profesor Riquer que en la mencionada Corte pudo enterarse Passamonte de asuntos *non gratos* a Cervantes.

El propio profesor Riquer será quien se replique a sí mismo:

«Yo sé, y soy el primero en proclamarlo, que todo ello resulta muy endeble y que no justifica el lopismo del pseudo-Avellaneda. Pero, por ahora, no hallo otro modo de relacionar a Gerónimo de Passamonte con el «Fénix». Si dispusiera de noticias sobre el soldado aragonés, posteriores a 1605, y se pudiera documentar una tercera estancia suya en Madrid aquel mismo año y en 1613, podría pisarse terreno más seguro.»

Es indudable que el profesor Riquer reconoce la suma debilidad de sus argumentos. Hemos de aclarar que durante su estancia en Madrid, en 1593, no pudo conocer Passamonte a Lope, pues éste vivía en Alba de Tormes, y allí nunca estuvo Passamonte.

Antes de emprender el análisis lingüístico, Martín de Riquer se pone la venda. Empieza diciendo que el estilo cambia lo suficiente en diez años, tiempo que media entre ambas obras, como para justificar que no sea el mismo. Añade que los modelos de don Quijote y Sancho, tomados de Cervantes, le impide tener estilo propio.

Todo esto no es cierto, pues no siempre están hablando estos dos personajes, y, aparte del relato principal, hay dos novelitas intercaladas en las que no interviene el Caballero Manchego. Es posible que el estilo cambie, aunque no tanto como pretende Martín de Riquer. En cualquier caso, malo es que antes de empezar el análisis reconozca que los estilos son diferentes.

Afirma Martín de Riquer que hay términos en Avellaneda que no se encuentran en Passamonte, como «el inmoderado uso de la preposición *tras* y la poco ágil serie artículo + preposición + que» (...) «Si admitimos que los dos libros son del mismo autor, hemos de admitir también que Passamonte adquirió estos dos tics después de haber redactado su autobiografía.»

Una vez más nos encontramos con una suposición gratuita: ¿por qué hemos de suponer que los dos libros son del mismo autor? Todo lo afirmado anteriormente por el profesor Martín de Riquer más apoya la negación de la autoría que su atribución.

Casi todo el análisis lingüístico está dedicado a probar que hay aragonesismos en ambas obras. Pero, todo ello ha sido labor innecesaria, pues desde los tiempos de Cervantes todos coinciden en que Avellaneda es aragonés, o, al menos, en que hay rasgos aragoneses en su obra. En cuanto a Passamonte, es suficiente mirar su partida de nacimiento para saber que nació en Aragón. Pero, no debemos olvidar

que Gerónimo de Passamonte no es el único escritor del siglo XVII nacido en Aragón. Había, como es natural, muchísimos más.

Siendo aragoneses Passamonte y quien quiera que sea Avellaneda, es normal que coincidan algunas características regionales de la lengua que ambos emplean. Con todo, el mismo Martín de Riquer reconoce que los aragonesismos populares son más abundantes en Passamonte. Lo justifica afirmando que están puestos en boca de Sancho, y su lengua ha de caracterizarse con «términos y formas que de niño oyó el autor del falso *Quijote* a los campesinos de Calatayud y de sus cercanías, y que al redactar su autobiografía, lógicamente, no eche mano de vulgarismos de este tipo».

La memoria de Passamonte era muy peculiar, pues sólo se acordaba de los aragonesismos populares cuando convenía a los intereses del profesor Martín de Riquer. Mucho más lógico es suponer que, aun siendo aragoneses ambos autores, y por tanto coincidentes en algunos rasgos de su lengua, también discrepaban en otros muchos. Y, no conviene olvidar que Passamonte pasó la mayor parte de su vida fuera de España, con lo cual es normal que olvidara las supuestas expresiones populares que pudiera escuchar en su niñez. Pero, no es esto lo único en que discrepan: en Avellaneda hay bastantes casos de laísmo, mientras que en Passamonte no hay ninguno. Grave inconveniente para admitir la identidad de ambos autores es que sea laísta en una obra y no lo sea en la otra. Martín de Riquer, comentándolo, sólo dice que el laísmo no encaja en los rasgos aragoneses de Avellaneda. Nadie duda de que Avellaneda sea aragonés, a pesar del laísmo, pero la conclusión que se obtiene es que nos encontramos ante dos escritores diferentes.

Al final de su estudio lingüístico, Martín de Riquer culpa al «mensajero». Dice que es imposible un estudio lingüístico riguroso porque los copistas y los cajistas alteraron los originales.

Más adecuado habría sido reconocer que no ha podido probarse la identidad de los citados rasgos.

Por último, concluye afirmando que las consideraciones lingüísticas expuestas no se oponen a que Passamonte y Avellaneda sean la misma persona.

Como hemos podido comprobar, sí se oponen; pero, aunque no se opusieran, no sería suficiente esto para probar la coincidencia de autores; sería necesario que coincidiesen los rasgos, y esto no se ha atrevido a decirlo ni siquiera el propio Martín de Riquer.

Tenemos muchas más evidencias que echan por tierra la hipótesis citada: en la *Vida* de Passamonte hay una abundantísima proliferación de la palabra «Dios», venga o no a cuento, sobre todo del «gracias a Dios». Sólo en los capítulos 34 y 35, poco extensos, y donde no se habla de asuntos religiosos, nos encontramos con:

«Me sea Dios testigo.»

«Madre de Dios.»

«Si Dios y su madre me hicieran gracia de la vista, Dios sabe...»

«Pero Dios vio mi devoción.»

«Déle Dios salud.»

«Quiso Dios.»

«Dios le dé salud.»
 «Dios le dé su gracia.»
 «Me encomendé a Dios.»
 «Que Dios se lo pague.»
 «Que Dios se lo pague.»
 «Y di gracias a Dios.»
 «Doy gracias a Dios.»

En ningún capítulo del *Quijote* apócrifo aparece tal ramillete de alusiones a la Divinidad Suprema, ni siquiera en el cuento donde la Virgen interviene.

En ningún momento muestra Passamonte las sales cómicas que prodiga Avellaneda (sean éstas de mejor o peor ley), y no se puede decir que una autobiografía no es lugar apropiado, pues el Capitán Contreras y Diego Duque de Estrada sí las tienen abundantes en las suyas. La ausencia de rasgos cómicos en Passamonte nace de su propia naturaleza. Este autor sólo tenía preocupaciones ascéticas, y era incapaz de provocar la risa. Avellaneda, en cambio, produce una obra que se acerca mucho al entremés.

Llegamos, finalmente, al punto más débil, si todavía es posible, de la hipótesis de Martín de Riquer: el último documento conocido de Gerónimo de Passamonte es de enero de 1605. Desde esta fecha nada se sabe de su vida. Veamos cuál era su estado físico en 1605:

Dice Pope ⁶, «Passamonte estaba retirado en Capua, con mano temblorosa, tanto que ha debido pedirle al Bachiller de Salamanca Domingo Machado que le transcriba su manuscrito. Está ciego del ojo derecho, enfermo, incapaz de servir en el ejército.» A todas estas cualidades «necesarias» para escribir el *Quijote* podrían añadirse algunas más: ciego del ojo derecho y con poca vista en el izquierdo, desengañado, solo piensa en que el mundo está perdido por culpa del demonio, tiene extrañas visiones, posiblemente esta faltándole la salud mental... No es necesario continuar. Su aspecto era el más «apropiado» para escribir, casi diez años después, una novela cómica. Harto significativo es que no se encuentre documento alguno posterior a enero de 1605, lo cual induce a creer que debió de vivir poco tras esta fecha.

En resumen, a pesar de sus esfuerzos y de su clara inteligencia, el profesor Martín de Riquer no aporta ni una sola prueba que fundamente la autoría de Gerónimo de Passamonte: sin coincidencias lingüísticas, sin ningún documento que pruebe si Passamonte vivía en 1614, sin pruebas basadas en documentos, todo se reduce a lucubraciones más o menos ingeniosas.

Es extraño el poder que ejerce la obra de Avellaneda sobre los críticos, pues incluso los más brillantes, y Martín de Riquer lo es, se estrellan ante ella, atropellan la razón y desvarían una sola vez más que en el resto de sus días. Conviene, por consiguiente, para terminar, repetir las conocidas y brillantes palabras de don Luis Astrana Marín, «No más conjeturas, ya hay sobradas y ninguna verdadera».

⁶ Pope, p. 140.